

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 220.

Alicante 13 de Febrero de 1875.

Año VI.

DE LA UNIDAD RELIGIOSA.

I.

El haber el periódico *La Epoca* tratado de la cuestion religiosa en los términos que indicamos en un suelto publicado en el número del sábado, y la invitacion que con frases corteses y demasiado honrosas nos dirigió *El Eco de España* á hacernos cargo del artículo de *La Epoca*, nos han movido á ocuparnos más detenidamente en un asunto, al cual apenas hay número de *La España Católica* que no le haya dedicado algun suelto.

Obedeciendo al reciente decreto sobre la prensa, tendremos cuidado de no traspasar los límites por él señalados á la expresion del pensamiento, callando todo lo que juzguemos estar prohibido, á fin de no escribir cosas que no hayan de poder llegar á manos de nuestros lectores ó puedan acarrearlos una suspension.

El asunto es de suma trascendencia, como lo reconoce *La Epoca* y *El Eco de España*, y cuantos se ocupan en buscar solucion á los problemas que agitan al mundo, en estudiar los deberes del hombre y de la sociedad, y en buscar los medios más fáciles y seguros de lograr la

dicha privada y pública, aunque partan de distintos principios y combatan en opuestos bandos. Si alguno lo dudase, bastariale á sacar de su error dar una mirada á los periódicos, que, si no son siempre órganos de la opinion pública, al menos expresan los motivos de sus agitaciones y angustias.

Por consiguiente, creemos que conviene hablar de este punto de Religion y de alta política con la calma y el desprendimiento con que deben tratarse siempre los negocios graves, y exponer las razones en pró y en contra con palabras comedidas, que no quitan valor á los principios ni fuerza al razonamiento.

Desgraciadamente en la cuestion á que nos referimos, como en muchas otras que diariamente se debaten, la pasion, la ligereza y la ignorancia han producido una lamentable perturbacion, confundiendo frecuentemente lo religioso con lo político, lo universal y permanente con lo limitado y pasajero, lo necesario con lo libre, lo esencial con lo que es de accidente, el mandamiento de Dios con el querer de los hombres.

Para proceder con método, trataremos primeramente de la cuestion religiosa, ó desde el punto de vista religioso, y despues examinaremos su necesidad ó conveniencia política.

Los que no crean en la existencia de Dios ó nieguen su providencia, su cuidado y comunicacion con los hombres, y los que vivan persuadidos de que el hombre, tal vez hijo del mono, no tiene otro fin que vivir y gozar un breve tiempo sobre la tierra para dormirse despues en el seno de la nada, esos pueden admitir y proclamar sin escrúpulo la libertad de cultos; porque para ellos el culto no es mas que un ejercicio de la actividad humana, como el andar y el vestirse, que cada cual puede practicar á su capricho. Tales hombres, por fortuna, son muy pocos, y á ellos no nos dirigimos; pues seria preciso comenzar probándoles, no la conveniencia de la unidad ó libertad de cultos, sino la existencia de Dios y la obligacion de tributarle culto, lo cual no nos proponemos en este lugar.

Mas quien crea que hay Dios creador, gobernador y censor del hombre, que éste fué creado para un fin que no se completa en la tierra, y que Dios ha revelado los medios por los cuales este fin se alcanza; quien esto crea no puede ser libre-cultista, sino que está obligado á procurar, cuanto esté de su parte, que todos los hombres obren segun la voluntad de Dios manifestada por la revelacion.

Teológicamente considerada, la libertad de cultos solo puede fundarse en el absurdo de que Dios no ha revelado nada, ó en el no ménos absurdo de que ha revelado como verdades cosas contradictorias, ó en el de que á Dios le es indiferente que los hombres cumplan su voluntad ó sustituyan la propia á la divina, ó bien en el inmoral principio de que el hombre puede prescindir de la voluntad de Dios

é insultarle ofreciéndole como culto lo que le desagrada.

No partiendo de algunos de estos errores, el hombre debe reconocer la obligacion de dar á Dios un culto conforme á la divina voluntad revelada y no otro, creyendo todo lo que Dios ha dicho y practicando todo lo que ha mandado.

A esto se nos contestará acaso que aqui no debemos tratar de la obligacion personal ó subjetiva de cada hombre, sino de la obligacion social ó de lo que cada uno debe hacer respecto á los demás en este asunto.

Sino hubiese sino un hombre en el mundo, la cuestion de unidad religiosa no existiría en el sentido político; pero aun el hombre religioso procuraria en este caso comunicar, en lo que de él dependiese, sus afectos y deseos á las criaturas irracionales, invitándolas á alabar á Dios y á cantar su gloria, como lo hacia David en los salmos, y lo han hecho San Francisco de Asís, San Antonio de Pádua y muchos otros Santos. Es natural en el hombre, cuando está convencido de una verdad, el deseo de que todos la reconozcan, pensando como él, teniendo por bueno, por bello, por sublime, aquello en que él ve sublimidad, belleza y bondad; es natural en el hombre, cuando su corazon henchido de amor rebosa afectos, el deseo de encender en los demás la misma llama, y ver amado lo que él ama; respetado lo que él respeta y enaltecido lo que él levanta. Suprimido este deseo desaparecerian con él la poesia y todas las acciones grandes.

Empero el hombre vive acompañado de sus semejantes, asociado á seres dotados de razon y de voluntad como él,

destinados á un fin igual y obligados á los mismos deberes, formando un solo género humano, que es como decir, siendo todos miembros de un mismo cuerpo.

Y considerado así, dos motivos han de impulsarle á procurar que todos tributen á Dios el único culto por él prescrito, á saber, el deseo de la gloria de Dios, mucho más vivo dirigiéndose á criaturas racionales que no mirando á las flores del campo ó á las estrellas del cielo, y el deseo del bien supremo para sus hermanos, que únicamente podrán conseguirlo empleando los medios dados por el mismo Dios.

Por esto todos los hombres religiosos trabajaron siempre en extender y arraigar el culto que creían verdadero, naciendo de este sentimiento de un gran deber las empresas generosas que no podemos menos de admirar y aplaudir, las cuales civilizaron á los pueblos caídos en la barbarie; y cuando ya no tuvieron pueblos que convertir en el antiguo mundo, se arrojaron al mar ó á las inmensas selvas en busca de nuevas razas, á quienes enseñar la existencia del verdadero Dios y el culto que debe tributársele.

Los partidarios de la libertad de cultos alegan la ignorancia que presenta como verdadero un culto falso, y el respeto que todo hombre debe á la libertad de otro hombre, confundiendo la libertad con la ignorancia.

Prescindiendo por de pronto de que la ignorancia no merece respeto, pues en tal caso convendría cerrar las escuelas ó al menos dejar á los niños en libertad de escoger entre la escuela y el juego, diremos que ahora no tratamos de cuál sea la religion verdadera, sino de la obliga-

cion que pesa sobre cuantos creen en Dios, de procurar la unidad de los hombres en la profesion de la religion que estiman verdadera.

Mejor comprendemos la persecucion que martiriza á los cristianos en China y en Japon para conservar las supersticiones creidas gratas á Dios por aquellas gentes, que la indiferencia de la Europa moderna proclamando que no debemos celar por la gloria de Dios, ni hacer por que nuestros hermanos le honren como quiere ser honrado. La memoria de Diocleciano no nos repugna tanto como la de Juliano el apóstata.

Lamentable es ciertamente en alto grado el error de los que siguen una religion falsa teniéndola por verdadera; pero el sostener que todas deben respetarse dejando libre su profesion, es un absurdo, que el entendimiento humano no comprenderia, si discurriera libre de las nubes con que frecuentemente le envuelven las pasiones.

Como católicos, estamos mucho más estrechados á la obligacion de procurar la unidad de culto, segun lo pedimos á Dios en el principio del Padre nuestro, y hemos de trabajar hasta conseguir que todos los hombres no formemos más que un rebaño guiado por un solo Pastor, hasta que todos no tengamos sino un solo corazon y una sola alma, hasta que seamos una sola cosa con union semejante á la que hay entre Jesucristo y el Padre.

¿Qué medios deben emplearse para alcanzar tan grande objeto, que es el ideal cristiano? Los medios que á cada uno da Dios; el rico la riqueza, el sábio la sabiduría, el poderoso el poder, todos la oracion y el ejemplo. «Los reyes, decía San

» Agustín, sirven á Dios como reyes, haciendo en su servicio aquellas cosas que solamente los reyes pueden hacer.» Así puede decirse de los demás estados sociales.

El que facilita la profesion de los cultos falsos, facilita las ofensas de Dios y la perdicion del prójimo.

El que introduce divisiones religiosas, se opone al fin supremo del Evangelio.

El que dice que á Dios le son iguales todos los cultos, niega á Dios bueno, sábio y provisor, haciéndose un Dios imaginario inferior á los hombres que tienen ideas fijas y gustos bien determinados.

El que dice que no podemos asegurar cuál religion sea la verdadera, no tiene fé en ninguna y acusa á Dios de habernos impuesto una obligacion sin enseñarnos á cumplirla.

El que sostiene que la Religion es cosa puramente individual, debe de suponer que Dios no es el autor de la sociedad, y que los hombres no deben nada á Dios como individuos de ella.

Creemos que *La Epoca* convendrá con nosotros en estas conclusiones. Por nuestra parte, no quisiéramos que en la hora del supremo juicio Dios Nuestro Señor pudiera decirnos: Por tí no recibí culto de una ó muchas criaturas racionales; por tí se ha aumentado el número de los réprobos.

Esto en el terreno religioso: otro dia consideraremos la cuestion en el terreno social ó político.

(*La España Católica*).

DISCURSO DE SU SANTIDAD.

El martes 8 de Diciembre, con motivo de haberle ofrecido las damas romanas ornamentos para las iglesias pobres, pronunció Su Santidad el siguiente discurso, en contestacion al mensaje que leyó la señora marquesa de Serlupi Crescenzi:

Solo puedo dirigiros algunas pocas palabras (el metal de mi voz os explica por qué), y os daré en seguida con todo mi corazon la bendicion apostólica. Os recordaré, por tanto, que en todas las agitaciones sociales que se han sucedido en nuestros dias acumulando tantas ruinas, todos los que han tomado parte en sus injustas empresas, y que fueron por esto instrumentos en mano de Dios para castigar tantos pecados, todos prometieron á los pueblos sujetos á su poder una *era nueva*, y anunciaron al mundo entero que esta habia llegado, porque la moral por fin habia sido restaurada, y favorecido el comercio, era próspera la administracion pública, y habian sido destruidos los inconvenientes y los abusos de los gobiernos anteriores; en consecuencia, se presentaban á los pueblos infortunados como prenda de pública prosperidad.

Si todo estose ha realizado, no os lo diré yo. Juzgadlo vosotras mismas. Diré tan solo que vosotras, y con vosotras otras mil, se ocupan en socorrer la miseria del pueblo; en subvenir al esplendor del culto, que algunos quisieran disminuir y suprimir; en dar subsidios á la educacion, en sostener las casas de refugio, y tantas obras pias que seria largo enume-

rar; y todo esto lo haceis para sostener lo que existia y no existe ya.

Lo que es peor (para encontrar mayores males es preciso ir hasta las defecciones y las apostasias), lo que es peor, es ver ciertas almas débiles mal aseguradas en los buenos principios, las cuales se dejan sorprender, y como cañas frágiles se inclinan á todo viento, y victimas de su impetu caen muchas veces en el lodo.

Los grandes agitadores han reportado de esto alguna ventaja: han visto prosperar el reino de la materia; pero muchos reconocen sus ilusiones, y podria referir á este propósito diversos hechos acerca de las confesiones hechas por los mismos hombres que han declarado haber visto la edad de hierro donde creian encontrar la edad de oro. En tanto os invito á orar por la difícil conversion de los primeros, y por la vuelta de los segundos.

Pero he hablado de la *era nueva* que actualmente debe aparecer al mundo entero. Ahora bien, ¿cuál es esta era nueva de que vosotras, mis queridas hijas, formais tan noble parte?

¿No es acaso una era nueva estos impulsos de la caridad á la cual os consagrais en tan gran número de obras piadosas, el ejemplo espléndido que habeis dado esta mañana presentando ornamentos sagrados para suplir la pobreza de la casa de Dios? Vosotras no estais solas; he visto cooperadores vuestros en todo el mundo católico. La *era nueva* es esa multitud extraordinaria que llena los templos santos durante la novena en preparacion de la solemnidad de la Inmaculada Concepcion de Maria, que celebramos hoy. Si, las iglesias de Roma

han estado llenas de piadosos fieles que han ido á escuchar la divina palabra, á implorar los socorros de Dios, á rodear la sagrada Mesa para fortalecer sus almas con el Pan de los Angeles, á fin de disponerse mejor á llenar exactamente sus deberes.

Era nueva, tantas y tan piadosas peregrinaciones; *era nueva*, la firmeza con que los sacerdotes resisten los asaltos de los poderosos y dan á la Iglesia universal ejemplo de fortaleza; *era nueva*, la restauracion de templos ó la fundacion de otros nuevos; *era nueva*, el ejercicio de obras de caridad, tan múltiples y variadas, pero que todas tienen por objeto la gloria de Dios y la santificacion de las almas de los que las hacen y del prójimo; *era nueva*, este impulso de amor del mundo católico hácia este centro de unidad y esta cátedra de la verdad. ¡Ah! esta es la *era nueva* que regocija á los Angeles, que da fortaleza á los hombres, y que es la garantía de un porvenir mejor.

Y todo esto se lleva á cabo á pesar de tantas oposiciones, de tantas injurias, de tantos contratiempos. ¿No es un prodigio que en medio de la lucha contra la Iglesia, y en tiempos tan turbados, tantas almas se encuentren mas inflamadas que nunca por el fuego de la caridad, que aspirando al bien, refuézanse en él, y están convencidas de que el bien completo es Dios?

Nada diré de lo que se ha hecho en los siglos cristianos, que nos recuerde lo presente; diré tan solo que en tiempos aun mas remotos Tobias y Ester, y otros mil, resplandecian como ellos por sus santas virtudes, mientras que una bár-

bara persecucion pesaba sobre el pueblo oprimido por la mas dura servidumbre, y mientras que los tiranos publicaban los mas severos edictos contra el pueblo de Dios.

Tambien yo os diré á vosotras: *Sic state in Domino fortissimæ*. Manteneos firmes en vuestras resoluciones, y aunque la tempestad que nos amenaza por todos lados sea terrible y ruja de vez en cuando con estruendo, tened presente que nos encontramos en tiempos de prueba, y que por tanto debemos ejercitarnos en la constancia, la oracion y la confianza en Dios. Él, de lo alto de los cielos, os observa; los ángeles os rodean; recibaos bajo su manto la santísima immaculada Virgen, y la bendicion de su Hijo descienda en este momento sobre vosotras, sobre vuestras familias, sobre el pueblo, para auxiliar á todos y especialmente á su Iglesia que, Madre llena de amor, llora los desvios de tan gran número de sus hijos, y tiene entera confianza en la bendicion de su divino Fundador.

Breve de Nuestro Santísimo Padre el Papa Pio IX al círculo de San Ambrosio de Milan.

Pio IX, Papa.

Queridos hijos, salud y bendicion apostólica.

En medio de los tiempos calamitosos por que atraviesa la Iglesia, sirve de gran lenitivo á nuestro dolor el celo de esos católicos, que, viendo las persecuciones de que es objeto la Religion y el peligro que amenaza á sus hermanos, tienen el santo

valor de profesar paladinamente su fe, redoblan sus esfuerzos para alejar del peligro a sus hermanos, se dedican con creciente ardor á las obras de misericordia, y cifran su principal gloria en presentarse estrechamente unidos á Nos, humildemente sometidos á esta cátedra de verdad y á este centro de unidad.

Semejante actitud es en efecto el signo característico por medio del cual se conoce á los verdaderos hijos de la Iglesia, y constituye esa fuerza inexpugnable de la unidad, que es el dique contra el cual se estrellan el furor, el engaño y la audacia de sus enemigos. Cualquiera que examine atentamente el carácter de la guerra declarada á la Iglesia, observará sin gran trabajo que las maquinaciones de los que la combaten tienden á destruir su constitucion y á desatar los lazos que unen á los pueblos con los obispos, y á estos con el Vicario de Jesucristo, al cual se le ha despojado de sus dominios temporales y sometido á una potencia extranjera para que, privado de libertad, se viese impossibilitado de gobernar á la gran familia católica. Por eso principalmente dirigen sus tiros contra Él: atacan al pastor para que se dispersen las ovejas.

Sin embargo, por mas que los hijos del siglo sean mas hábiles que los hijos de la luz, sus tramas y sus violencias le darian menos resultado, si un gran número de los que llevan el nombre de católicos no les tendiese una mano amiga. Sí; desgraciadamente existen algunos que, proponiéndose al parecer ir de acuerdo con nuestros enemigos, se esfuerzan en contraer alianzas entre la luz y las tinieblas, entre la justicia y la iniquidad, por medio de esas doctrinas ca-

tólico-liberales, que apoyándose sobre perniciosos principios, aprueban los actos del poder laico cuando invade la esfera espiritual, y aconsejan el respeto ó á lo menos la tolerancia respecto á las leyes que rebosan iniquidad, olvidándose por completo de que está escrito que *nadie puede servir á dos señores*.

Pues bien; esos tales son mas peligrosos y mas funestos que los enemigos declarados, en razon á que secundan los esfuerzos de estos últimos sin ser notados y á veces sin poner de manifiesto sus opiniones. Colocándose casi en el limite de las ideas ó principios solemnemente condenados, se engalanan con la apariencia de una verdadera honradez y doctrina sin mancha, atrayendo de esta suerte á los amantes indiscretos de conciliaciones imposibles, y seduciendo á las personas de buena fé, que sin esa apariencia sabrian oponerse fuertemente á un error manifiesto. De esta suerte dividen los ánimos, rasgan la unidad y debilitan las fuerzas que convendria reunir en un solo haz para revolverlas contra el enemigo.

Sabed, sin embargo, que dejareis de ser victimas de sus asechanzas si teneis siempre presente este sábio consejo; *Por sus frutos les conoceréis*. Observad como no pueden ocultar su despecho contra todo acto que prevenga una obediencia inmediata, entera, absoluta á los decretos y advertencias de la Santa Sede; como al hablar de ella la califican desdeñosamente de *Corte romana*; como acusan todos sus actos de imprudentes ó inoportunos; como llaman ultramontanos y jesuitas á los mas celosos y obedientes hijos de la Iglesia; como en fin, hinchados de orgullo y vanidad, se consideran mas

sábios que la Iglesia á la que fué prometida una especial, divina y eterna asistencia.

En cuanto vosotros, hijos míos, acordaos que al Soberano Pontífice, que es el Vicario de Dios sobre la tierra, corresponde decidir cuanto se relaciona con la fé, con las costumbres y el gobierno de la Iglesia á tenor de lo que el mismo Jesucristo ha dicho: *Aquel dispersa que no reune conmigo*. Haced, pues, consistir vuestra sabiduria en una obediencia absoluta y espontánea y en una constante adhesión á la Cátedra de Pedro. Vivificados con el mismo espíritu y poseidos del mismo sentimiento y de la misma idea, contribuiréis á robustecer esa unidad que es menester oponer á los enemigos de la Iglesia.

Para este fin os deseamos los socorros caelestiales y la abundancia de dones que puede dispensar el Altísimo. Y como presagio de estas gracias, como prenda de nuestra paternal benevolencia os damos, queridos hijos, desde el fondo de nuestro corazon la bendicion Apostólica.

Dado en Roma, cerca de san Pedro, á 6 de Marzo de 1873, vigésimoséptimo de nuestro pontificado.

PIO IX, PAPA.

Breve de Nuestro Santísimo Padre el Papa Pio IX, dirigido á la federacion de los círculos católicos de Bélgica.

A nuestros queridos hijos, el Senador de *Cannaert d' Hamale*, presidente, y miembros de la Federacion de los círculos católicos en Bélgica.

Pio IX, Papa.

Queridos hijos, salud y bendicion apostólica.—Mientras que la situacion de la

Iglesia se hace cada vez mas penosa y crece la impudencia de aquellos que conculcan su autoridad, asi como la persistencia de los que se proponen disolver la unidad católica y arrancarnos los hijos que nos pertenecen; nos sirve de gran consuelo, queridos hijos, observar como la llama de vuestra fé resplandece cada vez mas viva y brillante, aumenta vuestro amor á la Religion y vuestra adhesion á la cátedra de San Pedro. Con el noble propósito, no solo de hacer inútiles los esfuerzos de la impiedad, sino tambien con el de estrechar los lazos con que los fieles están unidos á Nos, trabajais de comun acuerdo empleando vuestra inteligencia, vuestra energia, vuestros recursos. En tan generosa empresa lo que hallamos mas digno de alabanza es, segun se nos asegura, vuestra decidida aversion á los principios *católico-liberales* que os esforzais en borrar de todas las inteligencias.

Los que profesan estos principios, es cierto que hacen gala de amor y respeto á la Iglesia y que consagran al parecer á la defensa de la misma cuanto valen y poseen: sin embargo, desgraciadamente no trabajan menos en pervertir el espíritu y doctrina de la misma Iglesia, y cada uno de ellos, siguiendo la índole especial de su carácter, ya ofrece sus servicios á la majestad de un César, ó bien se alista en las filas de los fecundos inventores de falsas libertades. Creen malamente que es de todo punto indispensable seguir este camino para alejar cualquier motivo de disensiones, para conciliar el Evangelio con el progreso de la sociedad actual y para restablecer el orden y la tranquilidad: como si fuera

posible la coexistencia de la luz con las tinieblas, y como si la verdad pudiese persistir siendo tal en el momento en que se la violenta, desviándola de su verdadera significacion y despojándola de aquella firmeza que es inherente á su propia naturaleza.

Tan insidioso error es mas peligroso que una enemistad declarada, puesto que se cubre con el esplendente manto del celo y de la caridad; esforzándoos vosotros en combatirle y en alejar del mismo á las gentes sencillas, conseguireis extirpar la raiz de nuestras discordias y trabajareis eficazmente en la santa obra de la union de las almas.

Ciertamente no sois vosotros los que necesitais estas advertencias, vosotros que habeis estado siempre sumisos á las enseñanzas emanadas de la Santa Sede apostólica, vosotros que habeis visto condenar tantas veces los principios liberales: pero el deseo de facilitar vuestros trabajos y de hacerlos mas fructuosos, nos ha movido á recordaros un punto que hoy dia tiene gran importancia. Continudad, pues, en vuestra noble tarea y esforzáos en merecer bien de la Iglesia de Dios, teniendo presente la corona de gloria que será vuestra recompensa. Entre tanto tenemos la mayor satisfaccion en manifestaros nuestro agradecimiento por los servicios que prestais á la santa causa, y hacemos votos al cielo porque vuestra sociedad adquiriera un creciente desarrollo acompañado de la abundancia de bendiciones celestiales. El presagio de estos favores sea la bendicion apostólica que os otorgamos, queridos hijos, con la mayor ternura, en prenda de nuestra paternal benevolencia.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, á los 8 de mayo de 1873, año vigésimo sétimo de nuestro pontificado.

PIO IX, PAPA.

VARIETADES.

LA PROCESION DEL CORPUS

EN EL MONASTERIO DESIERTO

En una de mis escursiones por los puntos poco frecuentados de viajeros y bañistas, llegué hace pocos años á un monasterio de los principales en la antigua corona de Aragon, hoy casi enteramente abandonado y derruido. Los arcos del claustro dan paso franco á un patio, en que crecen multitud de yerbas parásitas, y las hay en el mismo claustro arraigadas entre las grietas y junturas de las losas que cubren el pavimento. Los techos están hundidos y las lluvias se filtran por todas partes; antes de pocos años no quedará allí sino un esqueleto de piedra, Vidrios, puertas, ventanas, estatuas, todo ha desaparecido. Es imposible entrar allí sin sentir una especie de melancolía y dolor, parecidos en gran parte al que se siente al entrar en un cementerio.

Algunas veces me ha sucedido al visitar estas ruinas, lúgubres despojos del arte, oír á un majadero decir á mi lado; —¿Qué buenos caminos se podían haber construido con esta piedra!

—Es claro: con la piedra de su casa de Vd. se podía tambien haber hecho un puente ó una escuela. ¿Por qué en vez de construirse Vd. una casa cómoda no

ha construido una escuela, un puente, ú otra cosa análoga?

—¡Oh, eso no es cosa mia! De eso cuidará el Gobierno.

—Pues bien; ¿por qué no cuidó el Gobierno de hacerlos cuando se hacia este monasterio? Si Vd. quiere vivir á sus anchas, ¿qué derecho tiene Vd. á impedir á los que quieran consagrarse á Dios en la estrechez de una celda, que vivan á su gusto, y cuando su gusto es tan conforme á los preceptos de la ley divina?—¿Quiere Vd. que nadie se meta con su vida y tener derecho á fiscalizar á los otros? ¿Entiende Vd. de esa manera la libertad, viviendo á su antojo y sin dejar á los demas vivir á su albedrío?

—Es que estos monjes eran unos holgazanes.

—¿Está Vd. seguro de ello? Si los llama Vd. holgazanes porque no cogian una hazada, ¿la coje Vd. acaso? El que con los bienes y despojos de aquellos ha medrado, tiene coche, asiste á la ópera, pasea y fuma, ¿tiene derecho á llamar holgazan á nadie?

Y qué, ¿no hay mas ocupacion que el cavar? ¿No cavan tambien los trapenses, cartujos y otros? Los que predicán, confiesan, oran á Dios incesantemente, asisten al moribundo, estudian, escriben, enseñan, ¿son holgazanes?

Envuelto en estas consideraciones, miraba apenas las gigantescas ruinas que me rodeaban, y que en aquel momento se hallaban iluminadas por el sol poniente con una luz débil y amarillenta, que apenas hacia destacar las grandes sombras que proyectaban los macizos pilares de los arcos.

La mujer del guarda que nos guiaba á otro compañero y á mi á través de aquellas soledades, parecia tambien preocupada: pisaba en determinados parajes y evitaba el pisar en otros. ¿Era por temor de algun hundimiento ó por alguna preocupacion?

—Este es el *De profundis*, nos dijo, enseñándonos una especie de capilla exá-gona, á la cual se entraba por el mismo cláustro. Las estrechas ventanas ojivas divididas por una columnita, no tenian ya más que algunos restos de los pintados vidrios que daban en otro tiempo paso á una luz tibia y templada. Más bien que capilla era una sala capitular. El nombre mismo que le daban los monjes parecia indicarlo así. No tenia puertas: un arco grande y dos rebajados daban entrada á la sala, la cual tomaba su título de la costumbre que tenian los monjes de congregarse allí ántes de ir al refectorio, rezando en este paraje por los hermanos difuntos.

—No pise Vd. ahí, me dijo la mujer del guarda, al ver que andando por la sala capitular iba á poner el pié sobre una gran losa que habia en medio. Miré, y aquella losa tenia una inscripcion y varias molduras y relieves, que el tiempo y la humedad habia gastado casi completamente.

—¿Por qué no se pisa aqui? pregunté con curiosidad. Yo no veo que esta piedra tenga señal de Cruz ni efigie de ningun santo.

—Mire Vd., señor, si no las tiene, las ha tenido; pero ya están gastadas, porque esa piedra es la del osario de los monjes de la procesion.

La respuesta picó mi curiosidad.— ¿Qué monjes eran esos? le pregunté.

—¡Ay señor! esa es una historia muy antigua de esta casa; mejor seria contarla fuera de aqui... á pesar de que nada tiene de malo... Los monjes que salieron de ese hoyo probablemente serian santos. Si no hubieran sido bienaventurados, ó por lo menos almas del purgatorio, no hubieran salido para acompañar al Señor. Los papeles del monasterio se han perdido; pero ellos lo relatarian todo.

—Esplíquese Vd.; no entiendo palabra de lo que usted dice.

—Mire Vd., señor, dijo la pobre mujer en tono misterioso, pero lleno de sencillez, con cierta especie de respetuoso recogimiento y á media voz.

Contaban los monjes que hace muchos años, muchos, muchos años, hubo una peste muy grande en toda España, y principalmente por esta tierra, de cuyas resultas murieron casi todos los monjes de esta casa.

Llegó el dia del *Corpus*, y apenas quedaba gente entre Sacerdotes, novicios y legos para hacer la procesion, que solia ser muy solemne, tanto que aquel dia era el único del año en que entraban mujeres en la Iglesia, pues en los demás no se dejaba pasar á ninguna del torreón de la portería. Aun los hombres apenas entraban en la iglesia, pues para los pastores y sus familias habia la capilla de la portería.

A pesar de esto, aquel año las puertas permanecieron cerradas, nadie acudió á la fiesta. Mas el Abad no quiso que dejaran de celebrarse los oficios: solo estaba este con dos monjes Sacerdotes, un

corista, un lego y otros dos novicios. Revistióse el Abad con sus dos Sacerdotes para decir la Misa; los novicios tomaron los ciriales, el corista respondía en el coro, y el lego manejaba el incensario. Poco solemnes estuvieron los oficios, y el Padre Abad lloraba contemplando la pobreza de aquel año con la esplendidez de otros, en que oficiaba de pontifical, rodeado de ocho monjes revestidos con ricas capas y dalmáticas de tisú de oro y gran número de monjes que cantaban en el coro.

Concluida la Misa el Abad tomó la Custodia, los diáconos alzaron las puntas de su capa pluvial, los acólitos tomaron los ciriales, el corista la cruz procesional y el lego el incensario. Pobre procesion salió por este claustro aquel año: los monjes lloraban también; apenas acertaban á cantar el *Pange lingua*. Mas al pasar por aquí se quedaron aterrados. Esa piedra del osario que iba Vd. á pisar, y está en medio del *De profundis*, se alzó ella sola, sin que nadie la moviera, y de debajo de ella principiaron á salir monjes y monjes, todos los que por espacio de muchos siglos habían sido enterrados ahí. Traían su cogulla blanca, las manos dentro de los pliegues de sus grandes mangas, los ojos cerrados, y salían de dos en dos á colocarse detras de los dos novicios y del lego. Al pasar por delante del Abad se arrodillaban y besaban el suelo sin abrir los ojos.

Cantaban, pero sus voces eran muy distintas de las de los monjes: tenían una melodía especial, y las voces de los vivos se distinguían entre las suyas. Su canto parecía semitonado, oíase apenas por los vivos; pero en cambio parecía como una

melodía lejana que se pierde en el espacio, y cuando esta cesaba, oíase el sonido del órgano tocado en la iglesia por mano firme y vigorosa, también con extraña armonía y música desconocida. ¿Quién lo tocaba? El organista había muerto de la epidemia: todos los monjes iban en la procesion: los siete vivos, entre los cuales se habían colocado los difuntos, sentían un pavor misterioso, como el que nota el alma al ponerse en contacto con los espíritus superiores. No sentían miedo ni horror, pero sí un estupor, un pánico sobrenatural que despegaba las ropas de sus carnes y les hacía sentir una especie de escalofrío misterioso. Ninguno de ellos se atrevía á mirar al rostro á los monjes que habían salido del osario.

El Abad, apretando la custodia entre sus manos, miraba estupefacto las dos largas hileras de monjes que le precedían. Ningun año había sido tan larga la procesion. El pálio se había quedado en la Iglesia por no haber quien le llevara; y con todo, el Abad y sus diáconos iban bajo pálio, que llevaban cuatro monjes salidos de la tumba. La procesion dió vuelta al claustro, entró en la Iglesia y asistió á la reserva del Santísimo, terminada la cual los monjes difuntos cubrieron sus cabezas con las capillas, y después de besar el suelo salieron silenciosos y pausados por la puerta procesional, y fueron desapareciendo en esta misma sala de donde habían salido. Largo rato pasó primero que la pequeña comunidad repuesta del asombro, volviera al claustro. La lápida estaba como si no se hubiera removido; la cal de sus junturas ni estaba apenas resquebrajada. Acordóse que no se levantara jamás, y que en lo

sucesivo los cadáveres de los monjes se enterrasen en el claustro.

Vea Vd. esas grandes losas del centro: todas son sepulcros de monjes. Hasta estos últimos años nadie se atrevió á pisar sobre ellos. Solamente en las grandes procesiones pisaba sobre las losas del medio del Abad ó el monje que hacia de preste, llevando en sus manos la Custodia ó alguna santa reliquia. Los demas monjes siempre andaban por junto á las paredes del claustro. El dia del *Córpus* la procesion paraha en esta sala, y por largo rato se adoraba al Señor colocado en una rica mesa sobre esa misteriosa tumba.

El sol se habia puesto apenas nos alumbraba ya la luz del crepúsculo; el silencio de aquellos parajes, las sombras que principiaban á invadir el claustro, y que ya habian oscurecido la sala capitular, el recuerdo de aquella narracion fantástica, la vista de la losa sepulcral, todo aquel conjunto, en fin, me principiaba á fascinar de tal modo, que si hubiera permanecido allí solo y una hora más, creo que mi imaginacion se hubiera exaltado á tal punto que hubiera creído ver aquella procesion misteriosa y los fantásticos monjes saliendo de la tumba.

—Diga Vd., ¿la tradicion del convento dice si los monges llevaban velas en la procesion?

Esta pregunta impertinente de mi compañero me hizo el efecto de un jarro de agua fria, volviéndome á la vida real y positiva.

La pobre payesa conoció que la pregunta tenia por objeto burlarse de ella y de su narracion. Reponiéndose un poco dijo con calma y sencillez:

— Señor, si las luces que llevamos en

las procesiones significan nuestra fé, aquellos monjes no necesitaban llevar velas; veían á Dios, en quien habian creído.

— Magnífica respuesta, exclamé. Entiéndela bien; esta mujer te ha dado una leccion. Otra vez que oigas estos sencillos relatos, que en nada perjudican á la fé cristiana, y que antes al contrario embellecen los parajes donde la tradicion los fija, si no los crees, por lo menos oye, calla y respeta; no quieras con tu impia incredulidad hacer escépticos y desgraciados á los que son felices con su piedad sencilla.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, por la mañana á las nueve, misa conventual en que predicará el Sr. Canónigo Magistral. Por la tarde, á las cuatro, ejercicio cuaresmal en que predicará el señor Abad. En Santa Maria, á las nueve, misa en que predicará D. Rafael Amat.

Martes.—En las Agustinas, misa de renovacion á las siete y cuarto. Por la tarde á las cuatro trisagio. Predicará D. José Juliá.

Jueves.—En las Capuchinas, á las seis y media misa de renovacion. Por la tarde á las cuatro trisagio. Predicará D. Francisco Perez.

Viernes.—En la Colegial predicará por la mañana D. José Carratalá. En Santa Maria por la tarde, á las cuatro y media, D. Ramon Samper, Cura de la misma parroquia.

Sábado.—En la Colegial, á las ocho, misa de renovacion. En Santa Maria á las nueve; y los oficios diarios.